

los esclavos querían ascender a ciudadanos; así los del Aventino, en tiempos de Agripa, o los que impusieron el Tribunado, o los que conmovieron a Roma con los Gracos, o los que se levantaron en guerra con Euno y Espartaco. En cambio, ¿sabes cuál es el sostén más fuerte del actual Imperio? ¿Sabes dónde se apoya el trono del César? ¿Se apoya en los que adoran la divinidad de un hombre, y no encontrarían ya entre ellos la virilidad de un Escévola o de un Bruto!

—José—le respondí—, tal vez por eso profetizaba el Maestro el advenimiento de un César rabínico, o de un Rabino que se revestirá con la púrpura de Augusto. No hay nada más útil a la tiranía absoluta de un solo hombre que la resignación de todos los demás. Si los hombres se declaran ovejas, ello favorece al Único que sepa declararse lobo. Sólo así nuestra antigua República ha llegado a ser el escabel del Emperador...

—En verdad os digo—repuso, finalmente, Jesús, llamado el Cristo—, que algún día también mis discípulos invocarán esa República contra ese Imperio, y morirán por Mí, sin saberlo...

Un gran murmullo que venía de fuera nos sorprendió. Los esclavos, a la puerta, se obstinaban en impedir la entrada de una mujer. La mujer era hermosísima, morena, de ojos negros, opulenta. Una tupida cabellera caía sobre sus hombros desnudos. José la hizo entrar. Yo la miré intensamente, con una inclinación de toda mi avidez romana por las bellezas exóticas, en las cuales me parecía saborear el placer de la victoria de Roma sobre las tierras y las razas.

En las manos de la mujer, antigua meretriz, según José me dijo, una palma vibraba. Acercóse a Jesús y se la ofreció, como un presente simbólico de no sé qué transcendencias... Después, arrodillada, besó largamente los pies del Maestro y el extremo de su túnica, que curaba todos los males.

Jesús, sonriendo, le pasó la mano por los cabellos con lentitud amorosa y casta; ciñóle el cuello con su verde palma; acercóse a los labios, por última vez, la copa casi llena, y la derramó después, como una unción, como el bautismo ritual de los Esenios, sobre las negras crenchas. Unas gotas quedaron, como rubíes, entre aquellos hilos nocturnos, y brillaron en las puntas agudas de la palma.

—Mujer—dijo el Rabí—, esta palma es la corona de tu nueva virginidad, que nadie podrá desflorar. Este vino es mi sangre, que correrá ya eternamente sobre la tierra, desde tus cabellos de mujer que ha preferido el amor a las riquezas, el espíritu a la carne. Mujer, desde hoy te llamarás Humanidad. Vete en paz; estás salvada.

Alguien me contó, días después, que aquella mujer fué rebautizada con la verdadera sangre del llamado Hijo del Hombre; porque en las horas de la crucifixión se acercó a la cruz, y la herida del costado derramó sobre ella otra lluvia de vino simbólico. La mujer, descendiéndose la palma, que llevaba todavía, anudóla a los pies de Jesús, invadidos ya por el frío mortal; y la

palma, que había acompañado a Jesús en los hosannas, se embebió de aquel rocío como una púrpura. Y desde entonces, para los discípulos, es un triple símbolo de martirio, de triunfo y de virginidad; y aquella sangre fué fecunda*.

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).

De los libros que nos llegan

(Índice)

[GABRIELA MISTRAL:
Desolación, Poemas. New York, 1922. Edición del «Instituto de las Españas en los Estados Unidos». pp. 248].

AL OIDO DEL CRISTO

(A Torres Rioseco).

I

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
si te tienen, forma demasiado cruenta,
sin esas blanduras que aman las mujeres
y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,
no fueran capaces de amarte tampoco
así, con sus ímpetus laxos y marchitos.

Porque como Lázaro ya hieden, ya hieden,
por no disgregarse, mejor no se mueven.
¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia de gesto y color,
y en la crispadura tuya del madero,
en tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración
y plebeyo gusto. El que Tú lloraras
y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto, que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón

mojada en lascivia, ni firme ni roja;
¡y como de fines de otoño, así, floja
e impura, la poma de su corazón!

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

III

¡Oh Cristo! un dolor les vuelva a hacer
[viva
l'alma que les diste y que se ha dormido,
que se la devuelva honda y sensitiva,
casa de amargura, pasión y alarido.

¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carnes
[hiendan
tal como se hienden quemadas gavillas;
llamas que a su gajo caduco se prendan,
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!

¡Llanto, llanto de calientes raudales
renueve los ojos de turbios cristales
y les vuelva el viejo fuego del mirar!

¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si Tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!

VIERNES SANTO

El sol de Abril aun es ardiente y bueno
y el surco, de su espera, resplandece;
pero hoy no llenes l'ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa,
la mano en el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aún Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aún padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando,
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño hoy va como un hombre llorando,
Jesús padece.

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

CANTO DEL JUSTO

Pecho, el de mi Cristo,
más que los ocasos,